

# GRANDES ÁMBITOS CULTURALES DE LA HISTORIA EUROPEA

Universidad Carlos III de Madrid

**Profesor:** Dr. D. Alfredo López Serrano

## 15 - Europa: entre la globalización y la americanización

Para los pioneros europeos que llegaron a América a lo largo de la Edad Moderna, pero sobre todo para los anglosajones que allí llegaron, la primera imagen que se hicieron del nuevo continente era la de una nueva Europa sin los vicios que dejaban atrás, una segunda oportunidad para la humanidad, un nuevo Edén.

Fueron los exiliados religiosos que afluyeron desde Europa a América del Norte los que de forma más fiel formularon este anhelo, pero también los jesuitas, en sus misiones del cono sur. Se trataba de guardar lo europeo celosamente, a salvo de la opresión, de la indignidad que sacudía Europa.

Pero, celosa de la conservación, la sociedad norteamericana fue estereotipando lo europeo, reducido a un esquema simplista, a lo más exterior de su cultura. El denominador común entre Europa y los Estados Unidos sería lo que llamamos lo occidental, que nos agrupa y nos identifica, pero lo occidental está compuesto por dos polos de una larga línea que cruza el Atlántico.

Europa hasta ahora se ha asociado algunos rasgos culturales como la creación abstracta individual (la música, las matemáticas o la filosofía, según Steiner), mientras que los Estados Unidos sirven de patria de acogida a las mejores mentes, rechazadas por Europa, y ponen al servicio de ellas los mejores medios, resultando que desde allí lo occidental sale reforzado por lo práctico, y después se extiende al resto del mundo en forma de patentes y marcas.

La actividad intelectual europea (junto a las notables celebridades intelectuales norteamericanas) es una materia prima más, explotada y rentabilizada por la industria estadounidense para después ser reexportada con succulentos beneficios.

Así el modelo americano, ofrecido como alternativa a Europa, ahorra el sufrimiento en que han tenido que vivir los europeos históricamente para conseguir, a duras penas, sus fines. En el modelo americano, sufrir es una anomalía, y se impone para subsanarlo la terapia, el medicamento.

Con esta visión del mundo tal vez viviríamos aún sin descubrimientos científicos ni logros culturales, pero quizás habiéramos logrado antes un sentido arraigado de los derechos individuales del ser humano, entre ellos el de ser feliz, y una conciencia de la intrínseca igualdad, que en Europa ha habido que demostrar con largas argumentaciones, y aún así la jerarquía (social, pero también la económica, religiosa, intelectual, etc.) se nos cuele entre nuestras neuronas.

En muchos aspectos, los europeos se están americanizando, sobre todo en aquellos en donde pasa desapercibido el fenómeno, y las modas juveniles parecen indicar que esta tendencia va a continuar. Y esto sucede porque lo americano es una fusión cultural, muy abierta al mundo: la potente reexportación de productos y valores de las grandes potencias es hoy, y sobre todo será mañana, sinónimo de globalización. Globalizar en este sentido significa la imposición (con algo de autoimposición) de la cultura dominante, surgida en Estados Unidos a partir de múltiples aportaciones de todo el mundo.

Es cierto que dentro de los Estados Unidos coexisten numerosos grupos humanos, pues no son lo mismo los WASP, los chinos y coreanos, los afroamericanos de Harlem, los chicanos, los ciudadanos de Boston o los de Nueva Orleans, pero esa fusión esquematizada, por vía audiovisual, tiende a ser imitada en el resto del planeta.

Costumbres como ver la televisión, tan conformadora de conciencias, consumir (hábito ligado al anterior), la cultura del automóvil y del hipermercado, el consumo de un tipo rítmico de música, de alimentación... se generalizan y se convierten en señas de identidad entre los niños, jóvenes y adultos de Europa. La diversidad europea corre peligro de quedar marginada, pese a los apoyos oficiales de cada cantón, land o comunidad autónoma, y substituida por un modelo de vida global inspirado en las emanaciones estadounidenses.

Lo económico, ligado a lo audiovisual, más que nunca unidos, se impone frente al poder político (dividido, como marcan las leyes del liberalismo) y las masas desmovilizadas por un individualismo consumista que también nos recuerda el *american way of life*.

Para explicar el cambio de modelo hacia el americanismo tendríamos que profundizar en conceptos cambiantes, como el de riqueza, por ejemplo, y la evolución de las mentalidades. Consideramos superior el jerárquico y esforzado modelo europeo, pero esta fórmula saldría mal parada de la comparación.

Durante la mayor parte de su historia, Europa ha descuidado no ya el confort, sino la alimentación básica de la mayoría de sus habitantes. Tampoco ha sido un modelo de trato solidario hacia la mayor parte del mundo que ha colonizado. Por tanto, sería maniqueo simplificar el problema.

Pero sí es cierto que, actualmente, tal vez por un cierto aprendizaje a partir de los errores, tal vez por la imposibilidad de que Europa vuelva a ejercer su viejo papel imperialista en el mundo, se abren algunas esperanzas para que, impulsado por la ciudadanía europea, empiece a ser viable una alternativa a la peor cara del modelo globalizador, aquella que basa su avance en la alineación y en la cultura masificada, frente a la cual la alternativa pasa no por el conocimiento exclusivo de lo mío y la ignorancia y el desinterés frente al resto del mundo, sino en un modelo mental abierto pero con un criterio educado para que podamos seguir siendo lo mejor de nosotros mismos y tomar de los otros también lo mejor.

Esto sólo será posible a través de la educación, entendida en un sentido amplio (que recupere lo tradicional de la mano de lo nuevo), entendida como superación de los localismos, como una nueva forma de conocimiento del mundo, que incluya la

globalización y sus ventajas, pero que permita el acceso a todo renunciando a lo menos posible de lo que consideramos esencial e importante de cada cultura.

¿Significa esto que tendríamos que despegarnos de la especialización y adquirir conocimientos más amplios, humanos, gratificantes? Tal vez, y a la postre esto parece ser más útil, pues permite una mejor adaptación a las cambiantes tecnologías y oportunidades de trabajo. Tal vez deberíamos renunciar al crecimiento rápido, a las fulgurantes fortunas nacidas de políticas de *marketing* agresivo. A la idea de que el éxito individual es el objetivo máximo, olvidando que más importante es que la riqueza sea de todos, la mejor garantía de conservarla y disfrutarla.

Algunas cosas, sin embargo, vendría bien aprenderlas de nuestros vecinos (aliados y/o competidores) de enfrente del Charco: una concepción del mundo menos trágica, un currículo académico lleno de facilidades en vez de obstáculos, un estilo llano, sin afectación intelectual, que no se basa en el desprecio a las masas, pues la fuerza sólo lo es si es colectiva.